Jordi Esteva

Los árabes del mar

Galaxia Gutenberg

JORDI ESTEVA

Los árabes del mar

Tras la estela de Simbad: de los puertos de Arabia a la isla de Zanzíbar

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Jordi Esteva, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14214-2025
ISBN: 979-13-87605-14-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Jordi Tresserras.

A mi perra Bruixa, a la gata Pito y a sus compañeros Negroni y Griset.

A mi padre que se fue sin poder leer este relato.

A los perros y gatos que me han acompañado todos estos años y ya no están: Fura, Yoko, Bitxo, Vilma, Dimoni, Miko, Ivet y Jimi que reposan bajo mimosas, limoneros y granados custodiados por estatuillas de Anubis y Bastet.

A todos los personajes que salen en mi libro. El personaje de Alí Fahmy está inspirado en el historiador Alí Shahry de la ciudad de Salalah en el Zufar y el de Ustaz Salah en Ustaz Rabiah del puerto omaní de Sur.

Gracias a Panos Trizis de Port Sudan; Ahmed Shamsi de Sanaa en el Yemen; Alí Shahry de Salalah; Taleb al Mamari, Ibrahim Ali Ahmed al Asfuri, Mohamed ibn Saleb y Salib ibn Said al Mamari de Sohar, Sultanato de Omán; Harit al Ghisani, Samir al Adawi, Ibrahim Noor Sherif, Ashraf Aboul Yazid y Patricia Millns de Mascate; Cheij Nasser bin Hamed de Sur, Sultanato de Omán; Hasan Atas de Zanzíbar, Tanzania; Cheij Bedaoui, Mama Carmen, Lookman, Abdilai y «Malik» Paul Weaver de Lamu, Kenia. Mi

agradecimiento a Heulyn Reiner y al sultanato de Omán por sus facilidades y soporte.

A Carla Serantoni, Ramón y Xavier Puigmartí, Fernando Mañas, Bianca Longhi, Isabel Esteva y Teresa Ricart por compartir juntos algunos de los episodios descritos.

A mis amigos Mursi Sultán y Mohamed Seif por enseñarme el Egipto real.

A Pep Bernadas por su apoyo.

In Memoriam: A Ahmed Cheij Nabhany, el mejor poeta en lengua suajili, que tanto me enseñó sobre la historia de los árabes del mar.

A Carmen Giralt, «Mama Carmen», una institución en Lamu con quien compartí largas conversaciones en uno de los cafetines del frente marítimo de la isla.

A mi primo Jacinto Esteva a quien busqué sin resultado en el corazón de África.

Índice

Introducción 11

Primera parte
DE LOS PANTANOS DEL SUDÁN
A LAS RIBERAS DEL MAR ROJO

1. Sudán, 1977 15
2. En el viejo Bedford con los hadandaua 43
3. Un horno somnoliento y olvidado. 51
4. La ciudad dormida 65
5. En la Arabia Feliz 79
6. La vieja Aziza y el capitán Jafar. 123
7. Um Kulzum y los saltimbanquis egipcios 147

Segunda parte
DE LOS PUERTOS DE ARABIA
A LA COSTA DE LOS ZENJ

1. Dubai, 2002 159
2. El sultanato. 163
3. Las torres cónicas 195
4. El país del incienso 211
5. La ciudad de Simbad. 265
6. La península de la espuma. 297
7. El interior turbulento 309

8. De Mascate a Qalhat, el diamante de Ibn Batuta. 317
9. La ciudad de los dhows 329
10. El capitán Jaled 349
11. La Costa de los Zenj 361
12. El poeta de Mombasa 393
13. Zanzíbar, el sueño de los árabes 429
14. La isla verde 473
15. Sultanatos olvidados 495

Introducción

Ya sé que los árabes son el pueblo del desierto, pero para mí siempre fueron un pueblo de mar. Quizá porque de niño, junto a un Mediterráneo salpicado de torres de vigía contra los piratas berberiscos, soñaba con la otra orilla, adonde irían a parar las embarcaciones arrastradas por la tramontana. Imaginaba ciudades escondidas en las costas rocosas y sus bulliciosos puertos con el ir y venir de los veleros árabes procedentes de los lugares más extraordinarios.

De noche, mientras todos dormían, me encaramaba a la biblioteca y escogía mis libros favoritos. Me gustaba viajar sobre el atlas y los tomos de geografía ilustrada. Ahí estaban las imágenes de un gran velero árabe surcando el Índico, los pescadores de perlas de Bahrein o los faluchos atracados en el puerto de Mombasa.

Pero lo que de verdad rompía la monotonía de aquellos interminables veranos era la llegada de los zíngaros. Un agosto, se acercaron a la plaza del pueblo con un cargamento de bobinas de celuloide y proyectaron sobre una sábana *Las aventuras de Simbad*.

Aquella visita me abrió un mundo nuevo y pasé todo el invierno leyendo en los viejos volúmenes de geografía de mi padre cuanto encontré sobre aquellos árabes, tan distintos a los del tópico. Ahí descubrí que también fueron grandes navegantes. Los primeros grandes navegantes.

Supe así que, mucho antes del advenimiento del islam, los árabes del sur ya se aventuraban en el Índico y que, quinientos años antes de que los afamados marinos portugueses doblaran el cabo de Buena Esperanza y, guiados por el piloto omaní Ahmed Ben

Majid, penetraran en el Índico en busca de sus especias, los árabes ya habían establecido la ruta marítima más larga y lucrativa del mundo, que se extendía del África oriental a la mismísima China, pasando por las costas de Arabia, la India e Indonesia. Pero lo que disparó mi curiosidad fue enterarme, por uno de mis libros, de que los viajes de Simbad guardaban sorprendentes similitudes con los relatos de los marinos omaníes, a lo largo y ancho del océano Índico.

Al verano siguiente, mientras asistía fascinado a una nueva representación de los zíngaros ambulantes, me prometí que algún día me embarcaría en uno de aquellos veleros de las fotografías, rumbo al país de Simbad. Pero mientras ese momento no llegara, me conformaba con fabular cómo serían Mascate, Socotra o Zanzíbar. Lugares de nombres poderosos como mantras, cuya mera evocación me permitía volar en mi alfombra y huir de la España gris de los años cincuenta.

Pero los sueños de la infancia duermen durante la adolescencia y aquel deseo permaneció cautivo en una botella que se destapó inesperadamente, durante un viaje por el Sudán, cuando me atrapó el recuerdo de los zíngaros y, presa de un impulso, decidí partir en busca de los árabes del mar.

Primera parte

DE LOS PANTANOS DEL SUDÁN A LAS RIBERAS DEL MAR ROJO

Mapa previo a la independencia de Sudán del Sur en 2011.

1

Sudán, 1977

El Blue Nile de las líneas aéreas sudanesas acababa de hacer escala en El Cairo y el aspecto de la cabina había cambiado por completo. Los turistas desaparecieron y sus asientos fueron ocupados por elegantes personajes de piel oscura, muchos de ellos con escarificaciones en el rostro. Algunos vestían chilabas de un blanco tan impoluto como el de sus turbantes, compuestos por una larga tela de algodón trenzada en espiral alrededor de un bonete musulmán. Unos pocos iban acompañados por sus esposas, envueltas en vaporosas telas multicolores, que desprendían a su paso un aroma de maderas preciosas e incienso.

Pronto apagaron las luces y la nave se convirtió en un dormitorio colectivo. Me incliné sobre el asiento de mi vecino, un sudanés de unos cincuenta años de cabello canoso y tez chocolate que dormía plácidamente, y atisbé por la ventana. La luz de la luna iluminaba el desierto rasgado de arriba a abajo por el cauce plateado del Nilo.

Me abandoné entonces a mis pensamientos. En aquella época trataba de abrirme camino como fotógrafo y un instituto de antropología me había propuesto documentar la vida de los dinkas y otras tribus del sur del Sudán. Estaba inquieto. ¿Qué sería de mí en aquel enorme y desconocido país?

De pronto, como una constelación caída en la nada, aparecieron las luces de una ciudad. ¿Se trataría de Asuán? Sin duda, porque poco después sobrevolábamos un inmenso mar interior que no podía ser otro que el lago Nasser, formado por la presa que llevaba el nombre de la ciudad sureña. Como nunca he logrado dormir en

los aviones, abrí el *Journal d'Egypte* que nos habían repartido las azafatas durante la escala, y me sobrecogió esta noticia:

> El 10 de ramadán, un ferry que transportaba estudiantes y viajeros de Asuán a Wadi Halfa, en el lago Nasser, se incendió ayer por culpa de un hornillo de queroseno. Los pasajeros se arrojaron al agua, muchos murieron ahogados, otros fueron devorados por los cocodrilos y sólo unos pocos consiguieron alcanzar a nado unas pequeñas islas infestadas de víboras y escorpiones amarillos. Por el momento, se desconoce el número exacto de supervivientes.

Oteé el paisaje. Un fulgor despuntaba tímidamente en el horizonte y abajo, muy abajo, continuaba extendiéndose, como una monstruosa y oscura ameba, aquel mar interior que había engullido para siempre la hermosa tierra de los nubios.

Mi vecino acababa de despertarse y permaneció absorto unos instantes antes de estirar los brazos y desperezarse como un gato. Cruzó los dedos de la mano y los hizo restallar, luego se agarró la cabeza y con fuerza controlada hizo dos bruscos movimientos a ambos lados como si pretendiera desnucarse. Sonaron dos crujidos. Me saludó con una inclinación de cabeza y al poco, frunciendo el ceño mientras señalaba el pasillo con el mentón, me dio a entender que deseaba abandonar su asiento. Aproveché para ocupar su butaca y disfrutar por unos minutos de la ventanilla.

–¡No se mueva! No se mueva, por favor –me sonrió a su regreso, moviendo unos pómulos atravesados por dos largos surcos cicatrizados–. ¡Quédese junto a la ventana! ¿Es la primera vez que viaja al Sudán?

Asentí. Era la primera persona con quien intercambiaba más de veinte palabras desde que había salido de casa.

–Mi país le gustará. Yo llevo muchos años fuera y cuando regreso lo critico todo: las colas en las gasolineras, los racionamientos o la penuria; y ahora, para acabar de complicar el panorama, debemos hacer frente al flujo de millares de refugiados. Sí, tenemos grandes problemas pero a los pocos días me integro de nuevo en mi

país y me cuesta mucho regresar a la vieja Europa. Hay algo en nuestro carácter, quizá sea la hospitalidad o la bondad de la gente, tal vez el sentido del humor o ese vivir el momento, que acaba por atrapar al visitante. Ya verá: seguro que a usted también le costará dejar el país. Sudán le cambiará, amigo. ¿Sabe usted lo que significa Jartum?

–No, no.

–¡Trompa!

–¿Trompa?

–¡Sí! –dijo extendiendo su brazo, imitando la nariz del elefante–. Porque antes de unirse el Nilo Blanco, procedente de los grandes lagos de África, con el Nilo Azul, que baja de las montañas de Etiopía, dibujan un área alargada que recuerda a una trompa. ¿Sabe? Los dos ríos no se unen, ¡luchan! –gesticuló chocando los dos puños con gesto muy teatral–. Durante kilómetros y kilómetros fluyen paralelos, sin mezclarse, en el mismo cauce, a diferentes velocidades, cada uno con su propio color. ¡Luchan! –repitió de nuevo el gesto, satisfecho de la impresión que me había causado–. Los geógrafos han decidido que el Nilo Blanco es el ramal principal, pero eso es arbitrario. Quizá para vengarse de esa injusticia, durante la crecida el Nilo Azul consigue detener a su rival e incluso lo hace retroceder.

Amanecía y una neblina azulada cubría el desierto surcado por la negra cinta del Nilo. De pronto, el primer rayo del sol prendió el río de los faraones como si fuera un reguero de pólvora y todo se envolvió con el color del oro.

–¿No conoce a nadie en Sudán?

Callé. En realidad, sí conocía a alguien. Un primo mío, mayor que yo, que había sentido «la llamada de África», había montado un campamento de caza en la República Centroafricana, donde tuvo numerosos problemas y acabó huyendo. Ahora era cazador freelance en el sur del Sudán. Se trataba de un personaje inquieto que además había sido cineasta. Quizá había llegado el momento de ir a su encuentro.

–Puede visitarme si pasa por Wad Medanine –me dijo mi vecino–, y si viaja a Port Sudan, hospédese en el hotel de Dimitri; díga-

le que va de mi parte. Es un griego amable que sabe mucho de historia. Simpatizarán.

Debíamos de sobrevolar el antiguo reino de Kush, el legendario país de los faraones negros, que en su día llegaron a dominar el mismísimo Egipto. Trataba de distinguir las pirámides de Meroe en un paisaje difuminado por una nube de arena. Faltaría poco ya para Jartum. Sentí un ardor en el estómago cuando la azafata anunció el descenso.

Nada más salir del avión, recibimos el impacto de casi cuarenta grados, cuando apenas despuntaba el día. Mi compañero de viaje me aseguró, y no iba a tardar en comprobarlo, que en aquella época del año no eran extraños los cincuenta a la sombra. A la llegada a la terminal nos despedimos. Su familia se lo llevaba de inmediato a la ciudad de Wad Medanine.

–¡Me casan de nuevo!

Fue lo último que le oí decir, riendo hasta mostrar la campanilla protegida por una ristra de dientes blanquísimos, como todos los sudaneses, mientras desaparecía entre abrazos a parientes y matronas agitando la mano como quien se ahoga y pide auxilio.

Jartum me desconcertó. Era una ciudad desangelada, creada por los ingleses. Se extendía entre los dos Nilos, con un trazado de calles que seguía las líneas de la bandera británica. La *Union Jack*. Pocas casas superaban los dos pisos y las amplias y despobladas avenidas estaban flanqueadas por grandes árboles. El calor era tal –creo que ya lo he dicho pero al referirme a Jartum nunca podrá ser reiterativo– que parecía que lo arrojaran a cubos. No se puede negar que, junto al Nilo Azul, el paseo de banianos de enmarañadas raíces aéreas era espléndido y que el poco conocido Museo Arqueológico era una maravilla que albergaba muchos de los tesoros de Kush y dos templos reconstruidos de la Nubia; tampoco que, cada viernes junto a la mezquita de Hamad el Nil, los derviches danzaban al ritmo de la percusión en una arrebatadora ceremonia de trance colectivo. Pero desde luego no eran motivos sufi-

cientes para justificar la que acabaría siendo mi larga estancia en Jartum.

Me alojé en un albergue de la universidad, unos barracones dispuestos alrededor de un pequeño jardín. Cada unidad hospedaba a unas diez personas. Uno de ellos albergaba letrinas y duchas, que compartían el mismo cubículo, de modo que era necesario ducharse siempre calzado con chanclas de goma, pues desagüe y letrina eran en realidad el mismo agujero, del que surgían insectos y gusanos.

En el albergue se alojaban algunos trotamundos llegados de Egipto y a los pocos minutos de mi llegada a ese lugar ya me saludó el alarido de una viajera que tomó la manguera verde del jardín por una serpiente. Entre los mochileros, había quien pretendía seguir hasta Kenia para dirigirse a Lamu, la isla considerada como el Katmandú africano, que seguía atrayendo a hippies tardíos. Otros, no muchos, querían acercarse a la tribu de los nuba, popularizados por las fotografías de Leni Riefenstahl. Eran otros tiempos: durante la década de los setenta, muchos jóvenes inquietos de Europa y América se lanzaban al mundo, viajando a la India, México o África, en busca de respuestas, en la creencia de que otra manera de vivir era posible. Pero la mayoría en el Sudán, ante las dificultades cada vez mayores del viaje, se recuperaba un tiempo antes de dar media vuelta. Suleimán, el encargado, una bellísima persona de la región del Kordofán, me mostró las precarias instalaciones y me decidí por el barracón de los africanos. Dejé mis bártulos sobre una litera que parecía vacía y dormité. Durante algunas semanas iba a compartir habitación con Abdelhalim, un somalí; los ugandeses Gayton y Adam; el etíope Bashe Bayene; el comoreño Sayed y Jaled, un estudiante sudanés del mismo Jartum, que cuando me tomó confianza me confesó que se escondía de la policía secreta, que le andaba buscando por comunista. Eran otras épocas, en las que el mayor desafío para los regímenes dictatoriales árabes no era aún el integrismo, sino la izquierda.

Excepto Jaled, todos los demás eran refugiados y contaban historias bastante parecidas. Eran los tiempos de la guerra fría y las dos superpotencias enfrentaban a sus países entre sí, fomentando también guerras intestinas. Sudán era el país con el mayor número de refugiados de África, y los que habían recibido una formación casi siempre conseguían evitar los campos de acogida y permanecían unos meses en Jartum para gestionar sus visados o los pasaportes de refugiados políticos de la ONU. En aquella época, la presión migratoria hacia Occidente no era tan fuerte y se debía sobre todo a motivos políticos. Alemania Federal era uno de los destinos preferidos, ya que resultaba sencillo conseguir el codiciado estatuto. El espionaje de las dictaduras de las que habían huido se había infiltrado entre la colonia de refugiados y en Jartum el silencio y la discreción resultaban decisivos para conseguir viajar a Europa. Pronto aprendí a distinguir al futuro viajero por sus zapatos nuevos. No fallaba. Zapatos nuevos: desaparición a medianoche.

Los días en Jartum transcurrían perezosos. ¿Qué actividad se puede esperar con cincuenta grados constantes? Huíamos del calor paseando por los vergeles a orillas de los dos Nilos, buscando el frescor bajo las palmeras o los grandes árboles de mango y nadando, sobre todo en el Nilo Azul, sintiendo de vez en cuando en las piernas las leves descargas eléctricas de los peces gato. En cuanto a las noches... Los sudaneses eran la gente más hospitalaria que había conocido; tenían un gran sentido del humor. ¿Cómo olvidar las conversaciones durante las cenas al aire libre a base de tilapia[1] del Nilo regada con cerveza local, que se prolongaban hasta las tantas? Siempre había alguien dispuesto a cantar o a tocar el laúd y se improvisaban largos temas, un poco al estilo de las juergas flamencas, en los que cada participante debía sorprender con sus estrofas poéticas subiendo el listón cada vez más para ponérselo difícil al siguiente. Otras noches, la fiesta se prolongaba en la discoteca Blue Nile Night Club, un chiringuito a orillas del Nilo Azul en el que se reunía todo el Jartum crápula, que incluía a destacados miembros

1. Tilapia: *Oreochromis niloticus,* pescado comestible del Nilo.

del cuerpo diplomático y a una caterva de traficantes y aventureros, entre prostitutas etíopes y eritreas, y travestidos. La música siempre era excelente, rítmica, muy mezclada: *jam sessions* entre músicos sudaneses, egipcios, etíopes y algún *rasta* jamaicano en busca de sus raíces. En los difusos amaneceres, cuando los primeros rayos del sol acariciaban las velas de las falucas, los músicos seguían atacando sus trepidantes ritmos mientras las miradas se tornaban vidriosas.

Aquella *joie de vivre* seguía su curso entre los crecientes problemas de la población. Jartum era un lugar polvoriento y tórrido, con constantes interrupciones en el fluido eléctrico y en el suministro de agua, que eran difíciles de soportar. La gasolina estaba racionada y los sudaneses se quejaban del aumento de los precios y de la carestía de la vida. La represión de toda disidencia era brutal en un país depauperado que debía hacer frente al flujo de millares de refugiados etíopes, eritreos, somalíes, chadianos y ugandeses que acudían en tropel a sus fronteras. Evidentemente, las cosas no podían seguir así. Aunque, ironías del destino, lo que vendría después, el integrismo islámico y la reanudación de la guerra entre el norte musulmán y el sur animista y cristiano haría añorar aquellos tiempos.

Un día, llegó el momento de reanudar la marcha y aunque me costó romper la agradable rutina de las noches de Jartum, pues los días servían únicamente para dormitar, me puse en acción. Tomé de nuevo un avión con el que dejaba el mundo árabe y dos horas después aterrizaba en el sur del país. Estaba en el África Negra.

Un chamizo rudimentario era la terminal del aeropuerto de Juba, la capital de la región de Ecuatoria, que gozaba de autonomía desde los acuerdos de Addis Abeba que pusieron fin, por unos años, a la sempiterna guerra entre el norte y el sur del Sudán. No había ni autobuses, ni taxis, ni nada. Algunos pasajeros se subieron a la caja de una camioneta y otros fueron recogidos por todoterrenos de las Naciones Unidas y de organizaciones humanitarias. De pronto,

todo el mundo desapareció y me quedé solo con mis bártulos en la pista de tierra. El canto de las cigarras, o de Dios sabe qué otros insectos, se hizo casi insoportable. Un animal oscuro y alargado atravesó a saltos la carretera para desaparecer en la selva. En lo alto de una rama, una pareja de calaos interrumpió sus arrumacos para observarme. Los mosquitos, ajenos a mis movimientos para espantarlos, me picaban en la nariz o incluso en los párpados. Al cabo de un buen rato, apareció un todoterreno levantando el agua de los charcos. Se trataba de un libanés de la FAO, a quien la barba cerrada le daba un cierto aire cubano, que tuvo la amabilidad de acercarme en su Range Rover. Las agencias humanitarias estaban desbordadas por la situación de miseria y enfermedades, y a la reubicación de los desplazados por la interminable contienda se sumaba el problema de los refugiados procedentes de los países limítrofes, sobre todo de Uganda, por la larga guerra de guerrillas que había puesto fin a la tiranía de Amin Dada.

–No todos los refugiados son iguales –dijo mientras entrábamos en Juba–. Muchos ugandeses, esbirros del carnicero que sembró el terror durante tantos años y que acabó con la prosperidad de ese país que en su tiempo fue la perla de África, deberían ser considerados exiliados de lujo.

Atravesábamos barrios míseros de chabolas entre grandes árboles. Sobre las colinas, se levantaban barracones prefabricados: eran los ministerios. El clima era húmedo y las calles sin asfaltar, un lodazal que hacía patinar a los escasos automóviles. El lugar no parecía muy acogedor. Las distancias eran enormes: no era una ciudad sino un conjunto de poblados míseros y dispersos, con algunos bungalows confortables diseminados, que estaban custodiados por flamantes todoterrenos con logos de organizaciones humanitarias.

–¡Fíjese! –exclamó el barbudo libanés señalando un lujoso Mercedes–. Ésos son de la tribu de Amin Dada. Con sus fajos de chelines ugandeses devaluados compran cualquier cosa al precio que sea; por su culpa aquí todo está por las nubes.

–¿Y cómo está la situación política?

–Es tensa. Sí, ahora tenemos un gobierno del sur con sus ministros, pero Jartum apenas manda dinero. Aquí todo está por hacer, por no hablar de la corrupción. Los sureños están resentidos; durante siglos fueron esclavizados. No lo veo claro, creo que tarde o temprano la situación estallará de nuevo.

El libanés me dejó en un gran mercado al aire libre con el curioso nombre de Koño-koño. Un griego pintoresco y bajito, en shorts, de unos sesenta años, con el pelo agitado al viento y pobladas cejas se acercó al europeo recién llegado blandiendo un espantamoscas de crin de jirafa.

–¿Español? Están ustedes locos. Lo tenían todo y ahora están desmontando lo que hizo Franco.

Mientras él proseguía su perorata, yo arrastraba con esfuerzo mi mochila y mis cosas, con un calor insoportable. Para colmo, se puso a llover y tuvimos que refugiarnos en un chiringuito de chapa metálica donde servían, en cuencos de aluminio abollados, una espesa sopa roja de guindilla y tripas. En un rincón, en el suelo, se veían unos pellejos verduzcos cubiertos de grandes moscas. El estruendo de la descarga tropical en el techo era descomunal.

–¿A quién busca, amigo? –preguntó el griego.

Dudé si quitármelo de encima, pero le extendí un papel con una dirección.

–¡Oh, la compañía de safaris Da Silva! –exclamó, para quedarse durante largos segundos barriéndome con sus ojos inquietos.

–Mi primo trabaja para ellos –dije, mientras notaba cómo el sudor que brotaba a borbotones de mi pecho acababa de empapar la camisa mojada por la lluvia.

–¿Cómo se llama?

–Jacinto Esteva.

Aquel hombre dio un respingo.

–¡Oh, le conozco! Tiene ideas raras, pero en el fondo es un buen tipo. Además aquí –miró alrededor y bajó la voz para acercar a mi oído un desagradable tufo a ginebra– los blancos tenemos que estar muy unidos y ayudarnos.

De repente, como sucede en el trópico, clareó. Me incorporé.

–Vamos, le acompaño –se apresuró el griego, dando a entender que, por más diferencias que hubiera entre los «blancos», eran cosas que se debían resolver entre «nosotros», y los «negros» no debían notar nada.

La compañía de safaris ocupaba un bungalow amplio, con la veranda protegida por una enorme mosquitera, al igual que la doble puerta. «Aquí la malaria va en serio», pensé.

La empresa pertenecía a un blanco de Mozambique de nacionalidad sudafricana, y el personal, me enteraría más tarde, lo integraban portugueses de las colonias recién independizadas. Eran criollos desplazados y resentidos que no querían saber nada de un Portugal en el que aún resonaban los ecos de la Revolución de los Claveles, y que en Sudán habían encontrado refugio para sus chanchullos y negocios de caza. En realidad, Jartum no reconocía a Portugal ni a Sudáfrica y los ciudadanos de estos países tenían la visita absolutamente vedada, pero una cosa son las leyes y el griterío en la ONU o en la OUA y otra muy distinta los intereses y la corrupción. Era un secreto a voces que el hermano del presidente Numeiry tenía negocios con el *senhor* Da Silva.

El director estaba en Sudáfrica y me recibió Rogelio, un criollo angoleño que era uno de los cazadores. Le pregunté por mi primo y su reacción me dio a entender que algo raro había ocurrido. Nunca llegué a saber exactamente cuál había sido su relación. Pero por la trayectoria de mi familiar, suponía que poco tendría que ver con el mundo de aquella gente. Era evidente por los silencios y los no dichos que desconfiaban de él. Rogelio sabía que mi primo estaba en alguna zona remota cazando con unos importantes clientes sudamericanos y me ayudó a intentar contactar con él por radio. Tras varios intentos exasperantes, desistimos y me acompañó a un hotel adecuado a mi presupuesto de trotamundos, no sin antes invitarme a que acudiera cuantas veces hiciera falta para probarlo de nuevo.

Durante varios días fui a la compañía; en alguna ocasión logré incluso un intercambio fugaz de palabras con mi primo. Mientras tanto, hice cierta amistad con Rogelio, de ideas no tan agresivas como las del resto de los cazadores. Éstos eran terribles; recuerdo su manera de conducir por Juba, siempre a punto de atropellar a los desplazados, cubiertos de harapos o completamente desnudos, sombras de mirada perdida que deambulaban sin rumbo por las calles de barro, cubiertas de desperdicios. A veces iban directamente a por ellos.

–Pero ¡los va a matar! –exclamaba yo.

–¡Pues que se aparten!

Un día acompañé a Rogelio a llevar unas cebras, gacelas y fagoceros que habían abatido, a un hangar donde disecaban los trofeos de caza de los clientes. Estaba emplazado en un lugar pacífico y verde, junto al Nilo Blanco, y el interior olía como una morgue. Era un museo de los horrores: cabezas de león, marfiles, cuernos de búfalo, alfombras de pieles de cebra, pufs de piel de mono negro, mesillas hechas con patas de elefante... Al día siguiente Rogelio se marchaba a Gemeiza, a un centenar de kilómetros hacia el norte, para preparar la llegada de unos cazadores americanos.

–¿Por qué no me acompañas? –me propuso–. Hay varios poblados de dinkas en la zona y podrás hacer buenas fotografías. Además, quizá desde allí te sea más fácil comunicarte con tu primo; tenemos una radio mucho más potente y no hay las interferencias de los militares y del aeropuerto.

Salir del infierno húmedo y verde de Juba fue un alivio. Anochecía y los faros iluminaban una pista muy roja que se abría paso entre la maleza. El jeep descapotable tenía abatido el parabrisas, de modo que debíamos agacharnos una y otra vez para evitar el impacto de las lechuzas y otras aves nocturnas desconcertadas por nuestros faros. De tarde en tarde nos cruzábamos con grupos de dinkas, altos y esbeltos, con su pelo cortado en

extrañas formas, que parecía de astracán teñido de rojo por la orina de vaca. Llevaban pulseras de marfil blanco y aros de cobre en las piernas. Algunos se cubrían con telas de colores, otros avanzaban completamente desnudos exhibiendo sus generosos atributos. Portaban lanzas; corría la voz de que lo hacían por si algún león o leopardo saltaba sobre ellos de improviso, pero en realidad los dinkas siempre fueron un pueblo guerrero, defensor de sus tierras y lugares de pastoreo. Su mayor posesión eran las vacas, y las escaramuzas contra otras tribus, o incluso entre ellos, eran frecuentes.

De pronto pensé si no me habría equivocado. ¿Era realmente el contacto con aquella tribu lo que andaba buscando? ¿Tenía verdadero interés en acercarme a los dinkas? Una cosa era soñar despierto sobre los mapas, elucubrar con proyectos o imaginar ya las fotos que iba a realizar, y otra bien distinta llevar mis fantasiosos planes a la práctica. En aquel jeep que recorría kilómetros y kilómetros de pista por la sabana africana, ya no estaba seguro de nada. Pero ya llegaría el momento de enfrentarme a la realidad. Mientras tanto, valía la pena disfrutar de aquel viaje nocturno.

Sin embargo, no conseguía disipar la angustia. ¿Por qué había aceptado la hospitalidad de aquellos cazadores si no me gustaban nada? ¿No sería mejor dejar aquellas tribus en paz? ¿Acaso no era explotación robarles sus imágenes sin más para revenderlas en Europa? Eran preguntas que no habían surgido hasta ver a aquellos primeros dinkas. Ofrecí de nuevo mi rostro al viento fresco de la noche. Olía a tierra mojada y a la fragancia embriagadora, casi nauseabunda, de flores desconocidas. De pronto un gran animal de cuatro patas –¿una hiena quizá?– irrumpió en la pista y quedó aturdido por los faros antes de desaparecer en la maleza, dejando durante largos segundos la estela de sus ojos brillantes sobre la tierra roja.

Todavía era de noche cuando llegamos al campamento, unas cabañas con tejados cónicos de paja dispuestas alrededor de una especie de *paillote* común. El poblado de Gemeiza, en el Nilo

Blanco, se abría a una zona pantanosa de juncos. Cerca se extendía una playa recogida, donde me contaron que se bañaban los niños, no muy lejos de los cocodrilos. De noche los hipopótamos salían del agua. Por la mañana resultó ser un lugar muy verde, con un cielo azul oscuro surcado por veloces nubes grises y blancas que sombreaban caprichosamente el paisaje. Al atardecer, todo parecía quedar en suspenso: los animales diurnos se retiraban y cesaban cantos y alaridos. Entonces, durante esos minutos de extraño silencio, antes de que las criaturas de la noche tomaran el relevo, el sol desaparecía como una bola roja engullida por los papiros del Nilo Blanco, y las nubes de algodón se tornaban escarlatas.

–*Ay, aquelas postas de sol da Macao...!* –suspiraba con añoranza María, la mujer de uno de los cazadores.

En la compañía de Da Silva parecían haber hallado refugio todos los representantes de la diáspora lusa. María añoraba su Macao natal y nada resistía para ella la comparación. Se cuidaba de que todo estuviera en orden y dirigía un batallón de dinkas que barrían, fregaban y mantenían el campamento adecentado para los cazadores extranjeros que no tardarían en llegar. Parecía una buena mujer, no era del todo desagradable con sus empleados e incluso a veces bromeaba con ellos, pero cuando estaba con los suyos su mirada se tornaba hosca y se refería a los dinkas como «los macacos». Para no parecer indulgente podía ser muy brusca y dirigir miradas de reprobación y reñir a las mismas personas con las que por la tarde había llegado a reír con complicidad. Toda aquella gente necesitaba recordarse continuamente, los unos a los otros, su superioridad, en los chistes y las conversaciones, para acallar cualquier atisbo de compasión hacia los dinkas y poder así seguir explotándolos.

Su sueño africano no iba a durar. Pocos años después la reanudación de la guerra civil en el Sudán arrojaría de nuevo a aquellos parias de lujo al exilio y esta vez para siempre.

Aquella noche llegaron dos cazadores más, cuyos nombres he olvidado, dos tipos rudos de mirada perdida. Venían de Jambio, cerca de la frontera con el Zaire.

–Un lugar donde la selva es tan tupida que siempre es de noche –afirmó uno de ellos.

Se alegraron de tener a alguien nuevo con quien departir y me propusieron compartir una botella de whisky en mi cabaña. Comenzamos a beber hasta que uno de ellos, que –¡acabo de acordarme!– se llamaba Ceca, pegó un grito y se apretó el brazo con fuerza.

–¡La mosca otra vez!

Acto seguido extrajo una afilada navaja que ofreció a su compañero, el cual, tras mojar la hoja en whisky, le hizo una corta pero profunda incisión y abrió la herida con los dedos para desvelar una larva blancuzca de considerable tamaño.

–¡Es la mosca! –exclamó riendo.

–Hay que sacarla con cuidado –dijo Ceca mientras su compañero la extraía– para que no se rompa y se pudra. Es la larva de un jodido insecto que pone sus huevos en la ropa mojada mientras está tendida y luego, cuando te la pones, los huevos eclosionan y las larvas escarban en tu piel y se alimentan de tu propia carne. No tardan en crecer como esta hija de la gran puta.

Acercó a la vela la larva clavada en la punta del cuchillo.

–¡Mírala! Sus mordeduras son muy dolorosas –concluyó mientras aquel repugnante bicho se retorcía e hinchaba hasta que acabó por reventar.

–Por eso aquí en África se pasan el día planchando –rió su amigo, mientras Ceca se escupía whisky en la herida–. No creas que lo hacen porque sean elegantes. Con el calor de la plancha queman los huevos de la mosca.

Contentos de tener a un novato a quien explicar sus batallas, me abrumaron con historias sobre enfermedades desconocidas. Hablaron de la mordedura del mono verde, que producía una enfermedad espantosa que le secaba a uno desde dentro. Acabada la enumeración de podredumbres que atacaban los pies, y de infec-

ciones que hacían caer todos los dientes, rematamos la botella de whisky con un porro de *bango*, la marihuana sudanesa, considerada como la más fuerte del mundo. La conversación derivó hacia el sexo. Me preguntaron si había follado ya con una dinka, y se extendieron en una serie de procacidades sobre las posturas preferidas de los negros y sus prácticas sexuales.

Aquel fuerte *bango* exacerbaba los sentidos. Un zumbido constante, cada vez más intenso, se me metió en los oídos hasta hacerse casi insoportable. Las aspas del ventilador giraban a una velocidad de vértigo mientras el interior de la choza se movía como un camarote con marejada. Me tendí en la cama como pude. Los cazadores cesaron su verborrea y vinieron hacia mí. Recuerdo sus caras.

–Te has pasado –dijo Ceca–, este tío está amarillo.

–¡Vaya colocón! Deberíamos haberle advertido que el bango es algo fuerte –añadió su compañero.

–Vamos, ayúdame a quitarle la ropa.

Me agarraron de piernas y brazos y me colocaron desnudo bajo la ducha. Luego me tendieron en la cama, desplegaron la mosquitera y allí me dejaron con los ruidos de la selva. Al día siguiente, decidí que ya había tenido bastante. No quería volver a ver a aquella gente. No comprendía cómo había estado tanto tiempo con ellos. Tenía la firme corazonada de que no iba a encontrar a mi primo; es más, ni siquiera se había vuelto a hablar del tema. Nadie se preguntaba ya qué hacía en aquel campamento, ni quién me había invitado. Estaba allí y punto. Pero ¿cómo regresar a Juba? Todos andaban atareados con la llegada de los cazadores americanos, así que debería esperar unos días antes de que Rogelio regresara a la ciudad a por provisiones.

Y llegaron por fin los americanos, un matrimonio tejano. Iban ataviados con equipos de safari que habían comprado en una tienda especializada de Old Bond Street. Este prototipo de millonarios *oilers* tejanos acabaron en una semana con media selva.

Un día, la mujer se empeñó en que le cazaran una serpiente manga de intenso color verde para hacerse un cinturón. La jungla para ella era como una tienda de lujo con maravillas para vestirse y decorar su rancho. Cada noche uno de los jeeps regresaba cargado con cadáveres de gacelas, con algún león, cebras e incluso monos.

–Bonitas alfombras para el rancho en Amarillo. –La tejana pronunciaba «Amarilou».

Una mañana no le apeteció ir a cazar y me contó que tenía una vida social muy intensa y que nada más regresar presidiría una parada de globos de todo Texas en su precioso rancho.

–¡Lástima que para entonces aún no estén curtidas las pieles de los animales que está cazando Harry!

Al día siguiente fueron «a por el hipopótamo», como decían, y me ofrecieron un sitio en una de las barcas. Remontamos unos kilómetros el Nilo Blanco, antes de adentrarnos por una maraña de canales. Los abejarucos, de deslumbrantes rojos y violetas, atrapaban en el aire grandes insectos y regresaban a sus nidos excavados en los márgenes. Un gran varano moteado intentaba penetrar en uno de aquellos refugios. En el tronco de un árbol varado en el río, los pájaros tejedores habían establecido una numerosa colonia, y se afanaban entrando por las largas aberturas de los nidos que habían tejido y que parecían farolillos chinos. Abundaban las aves acuáticas que se levantaban indolentes a nuestro paso con muestras de fastidio. Cuando llegamos a un gran espacio que se abría entre altos juncos y papiros, Ceca apagó el motor. No tardaron en emerger los ojos amarillos de los cocodrilos, y luego los hocicos. La americana pegó un chillido que mereció la amonestación de su esposo. Un enorme hipopótamo surgía del agua abriendo sus imponentes fauces. La adrenalina se adueñó del tejano, que se puso en pie, haciendo tambalear la frágil embarcación. Disparó, sin herir al monstruo que se sumergió para venir a por nosotros. Sentí pánico, veía ya la barca zozobrando en aquel remanso del Nilo Azul repleto de cocodrilos e hipopótamos. Rogelio se abalanzó sobre el motor, tiró de la

manivela y Dios quiso que al primer intento lograra ponerlo en marcha. Nos alejamos unos metros prudenciales, desde los que el angoleño descargó con saña toda su munición sobre la pobre bestia, que antes de morir nos obsequió con una lenta y espectacular agonía que fue filmada en súper 8 por la millonaria disfrazada a lo *Mogambo*. Dos dinkas se echaron al agua y ataron las patas del animal con una cuerda que se rompió dos veces mientras lo arrastrábamos flotando con dificultad hasta el campamento.

Varios dinkas se ocuparon de descuartizar al hipopótamo junto al embarcadero antes de que llegara la noche y sus hienas. Con una sierra cortaron patas y cabeza; un afilado machete sirvió para desventrarlo y la masa descomunal de intestinos que se desparramó en la hierba no tardó en ser presa de perros famélicos, cuervos, moscas y otros insectos. Los buitres sobrevolaban la escena sin atreverse a bajar aún por el continuo trasiego de vísceras, carne cuarteada y miembros mutilados. Un hedor invadió el lugar y pronto aquel animal de unas dos toneladas de peso yacía despedazado en el suelo, desmontado como el motor de un camión. A los dinkas se les permitió llevarse la carne, pues era tan grasa que no se podía conservar. Para los tejanos quedaban los colmillos, las patas para hacer mesillas de noche y las decenas de fotografías y metros de película.

–¿Y la cabeza? –preguntó la señora.

–Ya veremos, no sé si podremos disecarla –respondió Ceca.

Aquella noche intenté de nuevo comunicarme por radio con mi primo y, como tantas otras veces, resultó imposible entre las interferencias y los ecos que devolvían la propia voz. Y entonces, por primera vez, ya no me importó. De hecho, por la diferencia de edad y otras circunstancias, éramos casi unos desconocidos y nuestras Áfricas poco tenían que ver.

Me encerré en mi cabaña mientras todos comentaban las aventuras del día. Me sentía descontento conmigo mismo. Debía tomar una decisión y me concedí una última oportunidad

para cumplir aquel encargo que tanto se me resistía. Al día siguiente abandonaría el campamento e intentaría por fin un acercamiento al mundo de los dinkas. Quizá lo mejor sería tratar de que me acogieran en uno de los poblados, pero ¿lo deseaba realmente? Nunca he podido fotografiar motivos en los que no estuviera involucrado vitalmente y aquel mundo me era cada vez más ajeno.

Por la mañana visité el poblado cercano. Varios hombres acarreaban la carne del hipopótamo hasta la choza del jefe de la tribu para que la distribuyera entre las distintas familias. Las niñas corrían tras las vacas que se disponían a orinar para recoger en cuencos de calabaza el preciado líquido que usaban como champú y para cuidar la piel. Unas mujeres pilaban mijo y un niño cargaba a sus espaldas una gran tilapia del Nilo. A la entrada de una choza, un hombre cubría de cenizas y orín de vaca la cabeza de otro que estaba postrado en el suelo, un ritual que podía interpretarse como una imposición de manos de signo religioso.

Un anciano me hizo señas para que me aproximara. Estaba hablando con él cuando sucedió algo que desbarataría mis planes, uno de esos hechos inesperados que determinan un antes y un después. Apareció un tipo con gafas, muy digno, con su camisa blanca perfectamente planchada y su pantalón largo beige, y en un inglés más que correcto me conminó a que abandonara inmediatamente el poblado y que dejara de importunar.

Los dinkas tenían razones para desconfiar de todo lo extranjero. Durante siglos habían sido esclavizados por los tratantes árabes. El colonialismo británico les prometió después la incorporación a Uganda, algo que jamás se cumplió. Luego se levantaron contra el norte musulmán. Ahora, tras una paz precaria, los ingenieros europeos estaban cavando a pocas millas de donde estábamos una obra faraónica, el canal de Jonglei, que surcaría un nuevo cauce para el Nilo Blanco a fin de saciar la sed del Sudán árabe y de Egipto. Aquella obra colosal desecaría para siempre los pantanos, el hábitat natural de las tribus dinka, nuer y shilluck. Tribus orgullosas y guerreras.